tad de la tierra productiva fue adjudicada a 2.2 millones de ejidatarios; la otra mitad pertenece aproximadamente a 1.4 millones de propiedades individuales. Esto significa que la redistribución de la tierra pronto tocará a su fin. Se estima que restan alrededor de 10 millones de Has. por distribuir. Suponiendo que el Departamento de Asuntos Agrarios y Colonización acatara el Código Agrario y distribuyera tierras rápidamente sólo podría beneficiar a lo sumo a medio millon de jefes de familia. De todos modos quedarían sin tierras más de dos millones. Si pensamos en términos de la década venidera entonces tendremos más de 4 millones. Esto indica claramente que *México necesita pensar en otras soluciones además del reparto continuado de tierras y de la reorganización de nuestra economía agrícola.*

Para lograr niveles más altos de eficiencia, de productividad, de ingreso y de bienestar en el sector rural, *será necesario reducir la fuerza de trabajo agrícola aproximadamente en 30% del total actual durante los próximos 10 años.* Esto significa que, independientemente de la política que siga el Departamento de Asuntos Agrarios y Colonización en la dotación y apertura de nuevas tierras, *más de tres millones de campesinos tendrán que dejar la agricultura, o la miseria del desempleo rural, para trabajar en actividades urbano-industriales.*

La estrategia fundamental del desarrollo futuro del país consiste, pues, en hallar un balance entre la inversión agrícola y la inversión industrial que permita elevar al máximo la tasa global de desarrollo para que la economía funcione a niveles cercanos a la ocupación plena. Sólo esto hará posible aliviar el desempleo rural y el urbano, aumentar a tasas muy altas el producto nacional y hacer más equitativa la distribución del ingreso. Esta solución no es fácil puesto que actualmente entre el 20 y el 30% de la fuerza de trabajo está subocupada o francamente desocupada. Por vía de ilustración cabe recordar que el nivel de desocupación de Estados Unidos durante la Gran Depresión que empezó en 1929 era similar al que padecemos actualmente.

Hoy, más que nunca, la política agrícola está inextricablemente ligada a la política fiscal, industrial y educativa; es decir, a la política de desarrollo general. La industria se ha diversificado y ha comenzado a producir un torrente de bienes de bajo precio. Puesto que México no puede aspirar realistamente a hallar en el futuro inmediato mercados para exportar el grueso de esta corriente de bienes en continuo aumento —bienes que, con frecuencia, todavía no están perfectamente acabados— la única salida de que dispone es el mercado interno. Esto significa que el desarrollo futuro de la industria depende en gran medida de la creación de un vasto mercado nacional. A su vez, este mercado no alcanzará la magnitud necesaria a menos que se llegue a la ocupación plena o a un nivel próximo a ésta lo mismo en la agricultura que en la industria. Pero como la ocupación plena requiere muy altas tasas de inversión, México tendrá que recurrir a una política fiscal progresiva y a créditos externos a largo plazo para importar equipo de capital.

En el caso del crédito externo la posición internacional de México es excelente. Paradójicamente, el éxito de la política económica de la Revolución, le permite a México adoptar hoy día actitudes más convencionales. Dentro del fermento y la incertidumbre actuales, la estabilidad y el rápido crecimiento de México proporcionan garantías poco usuales.

Claramente, los problemas económicos y sociales a los que hoy se enfrenta México, son más complejos que los del pasado. Su diagnóstico requiere una aguda percepción y un claro entendimiento de la dinámica del crecimiento del país. Su solución exigirá el apoyo decidido al principio de la autodeterminación una gran habilidad política a varios niveles y un esfuerzo colectivo mayor aún que cualquiera que se haya hecho en el pasado. Pero la recompensa será también singular, porque existe una gran probabilidad de que México se convierta en el primer país mestizo de América que logre edificar una sociedad moderna, independiente y democrática parecida a la que el economista sueco Gunnar Myrdal, ha llamado el Estado de Bienestar.

COMENTARIO

POLITICA AGRARIA DE LA REVOLUCION MEXICANA*

Por Ramón Beteta

La brillante y sistemática disertación del distinguido economista Edmundo Flores, que acabamos de escuchar, ha dejado en mi ánimo, y estoy seguro de que igualmente en el de ustedes, una profunda y precisa convicción: que el desarrollo de nuestra economía agrícola está siendo extraordinario. No se trata, por tanto, de una afirmación basada en un sentimiento patriótico y por ello optimista, sino de un hecho comprobable con datos concretos.

No deja de ser interesante observar, que mientras el progreso industrial de México es ya aceptado dentro y fuera del país sin retiscencias, en cambio la transformación que ha sufrido nuestra agricultura y su progreso suelen minimizarse y hasta negarse por razones de pasión política o de simple ignorancia, olvidando, incluso, que el alto grado de industrialización que México ha alcanzado ha sido posible sólo gracias a —y en un cierto modo a costillas de— la agricultura.

No voy a cansar a ustedes, naturalmente, repitiendo los argumentos, datos y cifras que el economista Flores nos ha suministrado tan cuidadosa como metódicamente; pero sí deseo subrayar algunas de sus afirmaciones. Desde luego, la de que nuestra agricultura se ha diversificado y que a este respecto el país se ha vuelto prácticamente autosuficiente, porque es este un hecho que para mí en lo personal no puede dejar de impresionarme, ya que me recuerda que hace relativamente pocos años —¡por lo menos a mí se me figura que fueron pocos!— cuando me hice cargo de la Secretaría de Hacienda, todavía importaba México muchos de sus alimentos, aun aquellos básicos como el maíz, el trigo, el frijol y el azúcar. Ya han escuchado ustedes hasta qué punto ha variado esta situación. Ahora no solamente está ya satisfecha la demanda interior de dichos productos, sino que, además, algunos de ellos constituyen renglones muy importantes de nuestra exportación, y junto con otros cuya producción se ha incrementado notablemente, como el algodón, el café y las verduras han contribuído en forma definitiva a la industrialización del país ya que le han suministrado las divisas indispensables para pagar por el equipo, la maquinaria y las materias primas que aún es necesario importar.

En resumen, como lo afirma el conferencista: "Actualmente México posee la economía agrícola más dinámica, diversificada y autosuficiente de la América Latina".

Al subrayar esta afirmación se ocurre la pregunta, ¿se trata de un mero accidente, de un hecho fortuito? ¿Será simplemente que México ha tenido más suerte que las otras repúblicas iberoamericanas? ¿Estará mejor dotado por la naturaleza, con mayores y más caudalosos ríos; tendrá un "cielo" bueno para la agricultura, serán más amplias y extensas sus planicies cultivables? ¡De ninguna manera! Por el contrario, se ha desechado ya la vieja conseja de que nuestro país es riquísimo en sus recursos naturales agrícolas. Se

* Este comentario a la conferencia del Dr. Edmundo Flores es el escrito póstumo del Lic. Beteta. Debió ser leído por su autor la tarde del 7 de octubre, día de su fallecimiento. El *Banco Nacional de Comercio Exterior* deplora el deceso del exsecretario de Hacienda y Crédito Público de México.

pensaba tan sólo en la extensión de su territorio y en el número de sus habitantes, y se suponía que el margen era amplísimo. Un sentimiento patriótico hacía que se nos enseñara de niños que México "era el cuerno de la abundancia", no sólo por su forma, sino como un hecho verdadero. Sin embargo, no es así. La falta en unos casos y la irregularidad, en otros, de las lluvias, la extensión de sus enormes desiertos la naturaleza montañosa de su territorio, entre otros factores, reducen las posibilidades de la tierra cultivable en México a un porcentaje pequeño.

No, la situación agrícola de nuestro país se debe a un hecho social: a la Revolución Mexicana, y dentro de ella, concretamente, a la Reforma Agraria. Es ésta una afirmación que he hecho tantas veces, por tantos años, dentro y fuera del país, ante públicos escépticos cuando no abiertamente hostiles, que ahora, al proclamarlo ante ustedes, me da un placer especial porque lo hago en este recinto, el de nuestro Partido, el Partido Revolucionario Institucional, cuyo nombre mismo lleva la obligación de mantener vivo el espíritu revolucionario y llevar el movimiento social de México a sus consecuencias lógicas.

¿Cómo un movimiento destructivo, como se supone que son todas las revoluciones, puede habernos llevado a la situación actual? El conferencista nos ha explicado el mecanismo en sus dos aspectos: el destructivo y el constructivo. Nos ha hecho ver cómo la Reforma Agraria transformó la estructura económica colonial, anacrónica, ineficaz, injusta; cómo permitió el movimiento de nuestra población de uno a otro confín del territorio; cómo la redistribución de la tierra al ser puesta en manos de los campesinos los liberó del peonaje asentando las bases de la revolución industrial, del nacionalismo y de la estabilidad política. En el aspecto positivo, nos ha explicado cómo los gobiernos revolucionarios se han empeñado en combatir los obstáculos que la naturaleza ha puesto a nuestra agricultura; la falta de agua y la dificultad en las comunicaciones, principalmente. Las obras de regadío realizadas por los gobiernos emanados de la Revolución han vuelto productivas millones de hectáreas en el año de 1962, por ejemplo, 2.229,000 hectáreas fueron cosechadas en los distritos de riego, el 21% del área total cosechada en el país. Por su parte, los 60,000 kilómetros de carreteras y los nuevos ferrocarriles han promovido el desarrollo agrícola poniendo en contacto los centros de producción con los mercados, tanto interiores, como exteriores. Estas obras públicas son de tal magnitud que de ellas puede estar orgulloso cualquier país, aun alguno que tuviese más recursos económicos y técnicos que el nuestro. Pero su magnitud no es lo único importante. El aspecto constructivo de la Revolución debe entenderse como es: como el complemento indispensable de la repartición de las tierras, y por ello no hay que confundirlo con obras del tipo porfirista, como maliciosamente se ha pretendido alguna vez, porque las de ahora están basadas en el propósito de completar la Reforma Agraria, la cual no sólo consiste en dar al campesino la tierra, sino también y fundamentalmente, la posibilidad real y efectiva de su mejoramiento económico y cultural y, como consecuencia de éste, su efectiva participación en la vida pública del país; por eso se ha dicho, y dicho con razón, que la Reforma Agraria ha hecho que el indio mexicano deje de ser extranjero en su propia patria.

¿En qué medida se ha conseguido este propósito? Ya hemos dicho que la situación de nuestra agricultura es mejor ahora de lo que ha sido nunca, ¿pero la situación económica del agricultor ha mejorado en la misma proporción?

Permítaseme analizar con la misma franqueza y con el mismo espíritu de autocrítica con que lo hizo el compañero Flores, esta cuestión vital. El conferencista nos ha dicho: "Gran parte de la agricultura mexicana rinde muy poco a la mayoría de los campesinos: el ingreso agrícola medio per cápita es inferior aproximadamente al 40% del ingreso industrial urbano; el promedio de vida es más corto en el campo; el analfabetismo es mayor y las oportunidades de mejoramiento personal son menores."

El hecho es cierto, trágicamente cierto, y merece ser examinado en sus varios aspectos, ¿cómo es posible que una agricultura próspera no signifique un mejoramiento proporcional de quienes a ella se dedican? Varias son las causas. He aquí algunas de ellas. Más de un millón de campesinos —nos dice el conferencista— viven en condiciones de desempleo o de subdesempleo; es decir, trabajan sólo una parte del año, tres o cuatro meses solamente. Y yo pregunto: ¿qué industria conocen ustedes, señores, que no estuviera ya en la más completa bancarrota si trabajara tres o cuatro meses en el año? ¿De qué obrero saben ustedes que no viva en la miseria si está empleado solamente la cuarta parte de su tiempo laborable? ¿Cómo puede este tipo de campesino, cuyo ingreso se calcula en 1,250 pesos anuales mantener a su familia durante esos 365 días? He aquí la explicación de la miseria, o por lo menos una parte de la respuesta.

Vive en el agro mexicano una población mayor de la que éste puede sostener en las condiciones técnicas actuales. Hay países, como Estados Unidos, en donde un pequeño porcentaje de su población activa alimenta a todo el país y aún le suministra enormes excedentes de exportación. En México, el 54.5% de la población vive de la agricultura y aunque este porcentaje ha disminuído en número con respecto a años anteriores, la situación sigue siendo impresionante. Así en 1930 —repito los datos del economista Flores— 3.600,000 se dedicaban a la agricultura; en 1960, 5.900,000 trabajan como ya lo dije antes, sólo una parte de su tiempo productivo. Esto ha ocasionado un hecho verdaderamente insólito que me ha hecho verdadera impresión. Cuando los trabajadores mexicanos durante la Segunda Guerra Mundial emigraron temporalmente en grandes números —casi 2.000,000 de hombres— a Estados Unidos, la producción agrícola de México aumentó durante ese período. ¡Sí, señores, aumentó! Con menos gente, se produjo más.

Que la situación no es general es también muy cierto, y yo soy el primero en reconocerlo. Sin embargo, el viajero que recorre nuestra patria no puede dejar de sentirse impresionado por el bajo nivel de vida de muchos de nuestros campesinos y cuando se trata de un visitante extranjero suele contarlo y aun exagerarlo al escribir su inevitable libro sobre México. En estos casos nosotros solemos ofendernos, acaso porque estamos acostumbrados a ver cómo vive nuestro pueblo y lo tomamos por concedido, como algo normal. Pero hay un viajero, un viajero muy especial que también recorre nuestro país y que más que ofendido se siente profundamente herido por esta situación. Lo conocemos muy bien aquí, en el Partido Revolucionario Institucional. Cada seis años el candidato presidencial de nuestro partido, en su campaña política electoral, recorre prácticamente toda la nación y el espectáculo de la pobreza campesina hace sentir sobre él un enorme impacto. De ahí que, invariablemente, se haga el más firme propósito de remediar la situación. Y así, cada uno de estos candidatos, al llegar a la presidencia, hace un esfuerzo que todos conocemos y reconocemos y que explica el auge de la agricultura de que hemos venido hablando. Por ello aquí me tomo la libertad de señalar una pequeña omisión que creo que cometió el doctor Flores. El menciona a un líder agrario y a varios presidentes, de quienes dice que: "mostraron un apasionado interés". Creo que su enumeración es incompleta, y que, sin deseo de lisonja ni de adulación, puedo decir que, por el contrario, todos nuestros presidentes revolucionarios desde Calles y Obregón hasta López Mateos y Díaz Ordaz, han demostrado un ferviente interés en esta materia y que cada uno ha hecho o está haciendo su parte. Es esto lo que le ha dado continuidad a la Reforma Agraria.

Al mismo tiempo —y sigo con la venia de ustedes haciendo autocrítica— piensa uno que pasada la campaña política y ante los innumerables problemas de todo orden que día a día y sin interrupción confronta el gobierno, se gasta un poco, por así decirlo, la emoción original y aunque sería injusto afirmar que la administración se olvida del campesino, no es exagerado tampoco decir que el campesino deja, periódicamente, de ser el centro de mayor interés en la política y en la economía del país.

Quiero mencionar un hecho que acaso ayude a aclarar mi idea respecto del estado de ánimo en que solemos caer gobierno y ciudadanos al respecto. Hablamos continuamente del problema de la vivienda que es gravísimo en la ciudad de México y en otras muchas de la República, pero sabemos de millones y hasta miles de millones de pesos que se han venido empleando para ir resolviendo esta situación con financiamiento nacional y hasta extranjero. Numerosos organismos oficiales encargados de construir casas populares lo han venido haciendo, y últimamente, con buen juicio, están coordinando sus esfuerzos. ¡Todo eso está muy bien! Gracias a ello han surgido, como por obra de encantamiento, multifamiliares impresionantes. Colonias enteras, que eran vergüenza de la ciudad de México, han sido trasladadas a otras nuevas y ahora cuentan con las comodidades higiénicas indispensables. Se construyen otros centros urbanos que son alarde de audacia arquitectónica, de belleza y de técnica urbanística.

Mostramos al visitante extranjero con orgullo la ciudad de México, Monterrey, Guadalajara y muchas otras. Pero, ¿qué proyecto de importancia nacional, comparable a los que he venido mencionando, conocen ustedes para mejorar la habitación del campesino, para acabar con el jacal en que viven en promiscuidad seres humanos y animales, apenas protegidos contra la intemperie? Acaso, insisto, es porque estamos acostumbrados y hasta algunos de nosotros, citadinos, solemos emocionarnos cuando, en la tibia comodidad de nuestros hogares, oímos en la televisión o en la radio, canciones populares y, dejando volar nuestra fantasía, imaginamos que el jacal indígena es un lugar romántico, lleno de flores —"una casita chiquita más abajo del trigal", en donde se nos figura que sólo falta al joven campesino para ser feliz, la "mujer bonita que habrá de acompañarlo". Y se nos olvida que ese jacal es un pequeño cuarto cuyo suelo es de tierra apisonada; que sus paredes, que con frecuencia carecen de ventanas, no es raro que estén hechas de carrizo cubierto de lodo; que el techo es de paja, o de hojas de palmera; que dentro del jacal la mujer, hincada frente al metate, muele el nixtamal y echa las tortillas, enrojecidos los ojos por el humo que sale por debajo del cercano comal, no pocas veces en la amistosa pero no siempre bien oliente compañía de marranos, perros y gallinas.

No es sólo el exceso de población la causa de nuestros males. Hay otra fundamental. Nos dice el economista Flores: la agricultura rinde poco. Pero, ¿a quién y por qué? No ciertamente a quien compra la cosecha, ni a quien la transporta, ni al banco particular, o al comerciante que le da crédito, ni al industrial que utiliza sus productos como materia prima. A quien rinde poco es al campesino.

El porqué nos lo aclara también el doctor Flores: "Gran parte de la agricultura mexicana sigue siendo una actividad desempeñada a nivel técnico muy bajo". Y en otra parte, nos asegura que con frecuencia debemos vender al extranjero con pérdida porque nuestros costos son inferiores a los de otros países. En otras palabras, la falta de maquinaria, de la utilización de fertilizantes, de la rotación de cultivos, de la selección de semillas, del conocimiento adecuado, de las condiciones climatológicas, del combate de plagas; en resumen, la falta de una técnica agrícola adecuada.

No en todas partes la técnica del país es mala, ni la producción escasa, ni la vida miserable. Hay, por fortuna, regiones, algunas muy amplias e importantes y relativamente nuevas, en donde no es así. Pienso en Sonora, en Sinaloa, en Matamoros, en algunas regiones de Michoacán, en otras de Tepic, en varias más en donde se ha podido superar tanto el nivel técnico como algunos de los riesgos inherentes a la agricultura que, como resultado de ello, se ha incrementado la producción y, lo que es más importante, desde el punto de vista revolucionario, se ha elevado de un modo efectivo el nivel de vida de los campesinos.

Hay, desde luego, otras causas que afectan la situación agrícola, entre ellas la fluctuación de los precios de nuestros productos en los mercados internacionales, pero creo que es llegado ya el momento de que hablemos de los posibles remedios.

La primera medida que se ocurre como resultado del tesonero estudio anterior es el de la planeación y dirección de la economía del país; una dirección que debe cubrir tanto el aspecto agrícola como el industrial, ya que ambos están íntimamente relacionados. Ya hemos visto cómo la agricultura contribuye a la industrialización suministrando al país moneda extranjera, hemos visto también —parece mentira tratándose de la parte más pobre de nuestro país— que la agricultura ha hecho posible parte de la capitalización que después se ha aplicado a la industria. Hay, sin embargo, un aspecto negativo en la influencia de la agricultura sobre la industria: la falta de un poder adquisitivo suficiente por parte de los campesinos. Ya han oído ustedes cómo el ingreso nacional no ha crecido homogéneamente sino que el proveniente de la agricultura es proporcionalmente mucho menor. Esto quiere decir que nuestro mercado interior es raquítico y en tanto que esto sea verdad la industria nacional no tendrá una base sólida.

Por otra parte, México está en condiciones excepcionalmente favorables para poder planear su economía gracias —lo diré una vez más— a la Revolución. No voy a ocuparme aquí de las posibilidades de planeación en la industria porque no es el caso, sino que me limitaré sólo a las de la agricultura. Basta comparar nuestra situación con la de otros países para darnos cuenta de la ventaja en que estamos. Estados Unidos, por ejemplo, se topa con grandísimas dificultades para planear, para dirigir y aun para sugerir, la política que deben seguir sus agricultores. En ocasiones se ven forzados a usar, para descorazonar determinados cultivos, de procedimientos tan desperdiciosos como aquel que consiste en pagarles a los agricultores porque destruyan sus plantíos de algodón ya en pie. Brasil, para tomar otro ejemplo, en alguna ocasión hubo de quemar miles de toneladas de café a fin de mantener el precio de este grano.

México no necesita utilizar tales procedimientos. Como hemos escuchado, más del 50% de la tierra —52.2 millones de hectáreas de todas clases— ha sido ya repartida. Contamos con unos 18,000 ejidos que están técnica y económicamente subordinados a las instituciones gubernamentales creadas al efecto. Los ejidatarios tienen que sembrar lo que se les dice, cuando se les dice, y como se les dice. Una buena previsión sobre los mercados extranjeros y sobre las probables necesidades nacionales, serviría para escoger los mejores cultivos. No hay límite a los consejos técnicos que pudieran suministrarse. El crédito suficiente y oportuno, los fertilizantes, los insecticidas, todo lo reciben en una forma o en otra del gobierno. No sólo se les puede guiar, sino que estamos obligados a hacerlo.

La situación de los pequeños propietarios no es muy distinta. Ellos, poseedores de unos siete millones y medio de hectáreas de las mejores tierras, reciben también en gran medida el crédito a través de los bancos agrícolas oficiales. Tampoco es difícil que el gobierno los guíe eficazmente.

Por lo que hace a las obras públicas, una planeación general y un aprovechamiento integral de lo ya realizado es también indispensable. Pocas cosas más desperdiciosas y más graves que dejar las obras inconclusas como acontece en algunos distritos de riego. Para ilustrar este punto permítaseme mencionar un ejemplo que aunque en sí mismo no es importante por su cuantía, sí lo es por su significación simbólica. En el año de 1951, durante el régimen presidencial del licenciado Alemán se concibió un pequeño proyecto para el aprovechamiento de las aguas del río Papagayo que salen cerca de Acapulco sin beneficio alguno. La presa se concluyó en 1952, junto con las compuertas. Era un proyecto bien estudiado, de múltiples propósitos. Serviría para el riego de unas 4,000 hectáreas, modificaría el nivel de las aguas de la laguna de Tres Palos con lo que acabaría con la plaga de mosquitos en eficaz lucha contra la malaria, se aumentaría el caudal de agua potable para la ciudad de Acapulco, se añadiría un lugar maravilloso al turismo con el aprovechamiento de la laguna para ese fin. Pues bien, durante 13 años la presa ha permanecido inútil; las aguas del río siguen inoficiosas, ninguno de sus propósitos se ha cumplido. En un país pobre como el nuestro, un malbaratamiento como éste es imperdonable. No conozco las razones que haya habido para que esto haya sido así, pero mucho me temo que estén más relacionadas con "la política" y con el deseo de "ningunear" la obra ajena que de realizar brillantemente la propia.

Creo que la dirección política del país en su aspecto económico habrá de centrarse en la idea de la transformación del ejido hasta hacerlo comercialmente costeable y en la mejoría de la técnica agrícola de ejidatarios y pequeños propietarios para que aumente la producción en su propio beneficio. Pero no quiero terminar sin dejar claramente expresado un punto porque temo que pueda mal interpretarse. Los defectos que tiene nuestra Reforma Agraria, algunos de los cuales hemos mencionado, los obstáculos de distintas naturalezas que se oponen a su cabal realización, no dan a nadie derecho para hablar de que haya fracasado, ni suministran una base adecuada para sugerir que México debe apartarse de ella para volver a un régimen de propiedad privada como el que existía antes y como el que aún existe en otros países al sur de nosotros. Por el contrario, es el momento de insistir en que el camino marcado por la Revolución es el adecuado, el que indica que la tierra es de quien la trabaja, el que fija los límites y respeta la pequeña propiedad, el que se complementa con obras gubernamentales como las descritas. Esta política ha permitido el notable mejoramiento descrito por el doctor Flores, ha hecho posible la industrialización del país, ha liberado a muchos de nuestros campesinos, ha dado estabilidad política y económica a nuestra patria. Repitámoslo, repitámoslo para que lo oiga nuestra juventud que está en peligro de desorientación y ansiosa de mejoramiento. Jóvenes de México, no tienen ustedes que buscar en otras revoluciones la salvación de nuestra patria.